

centrales, con el del costado oriental, también macizo, se destacan y sobresalen sobre los cubos angulares, a los que cubren y flanquean por ambos lados. Disposición verdaderamente extraña en estas alturas, que admira y sorprende, como tantas otras manifestaciones de este castillo.

La puerta principal se abre al amparo de la torre, y aunque desfigurada, puede apreciarse su forma, coronada en las alturas por tres cónsolas de un matacán o buharda. Pero en el frente opuesto y a uno de los lados del torreón central, existe una pequeña poterna que da paso a una cámara abovedada y se revuelve para penetrar al interior. La situación de ambos accesos, ahora al descubierto, enseña la necesidad de estar protegidos por otro recinto exterior, que era la barrera, hoy comida en esos lados por la erosión, allí bien manifestada.

De la barrera no queda más que el solo frente del Norte, opuesto a la explanada, cortada en toda su extensión por ancho foso, limitado a defender el istmo, que era el lado más vulnerable del castillo, pues por los restantes, la condición del terreno no consentía su excavación. Dicha barrera posee tres pequeños torreones, totalmente arruinados, de los que el central se destaca y sobresale también para cubrir a los demás. La ruina, acelerada por el bombardeo de 1937, invade ya a toda la construcción, pero todavía pueden reconocerse sus completos detalles y disposiciones, que hacen de esta pequeña fortaleza un caso verdaderamente notable como monumento militar.

Si todas las obras medievales presentan enigmas y problemas de dudosa interpretación, Villafranca los ofrece en cantidad, sin que sea nada fácil resolver las influencias que pesaron sobre algunos de sus elementos, que tienen mucho de singular. Se trata, desde luego, de una obra perfectamente mudéjar. Pero en su trazado debieron intervenir varios pensamientos que en conjunto produjeron, pese a la pequeñez del castillo, un monumento, esencial y hasta exclusivamente militar, del mayor interés.

Arqueológicamente considerado, el castillo o, por lo menos, la torre de Villafranca sigue a Buitrago en importancia y probablemente en edad, entre los restantes conservados aún en la provincia. Su unidad constructiva, su perfecta regularidad, el juego de las plantas de sus alternados torreones con el macizado de la mayor parte de ellos, y la junción de la torre y del recinto con muros independientes aunque invisibles, son detalles muy poco frecuentes, sobre todo en la tierra en que se asienta. La ausencia de toda manifestación artística, su total aislamiento y hasta la calidad de su emplazamiento, en cierto modo clásico, sobre la confluencia de dos ríos, nos hace ver en él uno de aquellos «castillos de guarnición», eminente-